

fosa común? ¿Son los que moderan su vida para tener prontos y dispuestos a cualquier hora los caldos que pueden ayudarlos a bien morir y los caballos que han de transportarlos al cementerio?

Lo ignoro. Punto es éste en que me ha hecho ocuparme el azar del retrato y de la envoltura del retrato, pero que nunca discutí.

¿Para qué?

Viva cada uno como quiera, y la muerte con todos.

LA DEL ANTIFAZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTEENHAT, MÉRICO

La del antifaz.

¿Me conoces?
Te conozco.

Punto menos que desierto estaba el *foyer* cuando tomé asiento en uno de sus rojos divanes. Varias parejas que se recostaban en otros, cuchicheando con las caras muy juntas, eran, no estorbo, favorecedores de mi soledad. A buen seguro que ninguna de ellas pondría su atención en mí. Tampoco yo turbaba la soledad con estúpidos curioseos.

Las puertas del salón, estrujadas por el entrar y salir de la gente, mandaban a mis oídos y a mis ojos vibraciones musicales y relámpagos luminosos. Envuelto con ellos salía también un jadear sordo y caliente: era el aliento de la multitud.

Espectáculo hermoso el del salón, convertido por los focos eléctricos en un enorme baño de luz.

Dentro de él flotaban, como navíos empavesados con terciopelo y oro, los palcos, rebosantes de mujeres con antifaz y de hombres con frac. Todos se inclinaban en confusión gallarda de líneas y sexos hacia el fondo de aquel mar transparente donde se sumergían y braceaban, convertidas en buzos pescadores de dichas, cientos y cientos de encapuchadas criaturas. Eran las notas musicales rumor de las diáfanas ondas, y eran los papelillos rojos, azules, morados, amarillos, naranja, vio-

leta y verdes, que de las alturas caían, algo así como si el arco iris hubiese tenido el capricho de convertirse en lluvia. La voz de las mujeres, aflautada por el fingimiento, sonaba a cantares de pájaro; la de los hombres, enardecida por el deseo, a suspiro de amor. El aire rompía contra la techumbre en nubecillas blancas; el gran foco central parecía, más que sol, luna poética de un mundo loco y fantástico, que, al igual de las visiones descritas por los trovadores, estaba llamada a morir cuando naciese el amanecer.

Hermoso, muy hermoso era el espectáculo del salón. No obstante, yo acababa de abandonarlo. ¿En obsequio de la misantropía?, ¿del hastío?, ¿del desdén con que se trajean quienes se llaman hombres superiores? Líbreme la suerte de ser curisi. Estoy a punto de ser viejo y aún echo mano a la poca juventud que me va que-

dando por gastar para derrocharla. Salí al *foyer* con la exclusiva finalidad de fumar-me un cigarro.

Fumándolo estaba, cuando una máscara—una mujer, naturalmente—sobre cuyo garboso cuerpo caía a pliegues anchos un capuchón que sólo descubría las puntas de sus pies y los remates de sus manos, se acercó a mí con andares de sombra: tan suave era el deslizamiento de los pasos. Alcé mi vista buscando la cara de aquel cuerpo. Una careta tan cumplida como el capuchón la ocultaba, permitiendo únicamente ver dos ojos claros puestos en mí con inexpresiva fijeza.

— ¿Me conoces?—dijo la máscara, sentándose descuidadamente a mi lado.

— No—respondí, luego de mirarla con atención.

— ¿No? ¡Parece mentira!... Yo sí te conozco.

— Es natural; no vengo tan disfrazado como tú.

— Déjate de chistes. Te conozco, entiéndeme bien; te conozco en la verdadera y completa acepción que tiene esta palabra.

— ¡Ah!...

— Sí; te conozco, como tú mismo.

— ¡Como yo!... Entonces no hables de acepciones completas. Si me conoces como yo, vives en el más completo desconocimiento de mi humilde persona.

— ¿Eh?

— ¡Qué más quisiera yo sino conocerme, hija mía! Ocasiones hubo en que llegué a creerlo también. Así soy—he exclamado para mis adentros—. Así. Y al otro día, un rayo más de sol, una palabra más de cariño, un gesto cualquiera, un nuevo pensamiento, han modificado mi ser físico y moral, rectificando y enmendando mis más insignificantes acciones...

¡Conocerme!—seguí—. ¡Ay, si yo estuviese cierto de que me conocías tú, cogiérate por esa mano y, de grado o por fuerza, te obligaría a no abandonarme jamás, a ser perpetuo espejo de mí propio! ¡De seguida te soltaba yo! Joven o vieja, hermosa u horrible, hiciérate la compañera inseparable de mi vida. Conociéndome yo o conociéndome tú bien, fuera yo todo un hombre, porque tendría la medida exacta de mi ser. Teniendo esa medida exacta, terminaron las equivocaciones constantes y los arrepentimientos diarios, y el llegar en mis ambiciones al ridículo, y el tocar con mis derrotas en la cobardía, y el ser juguete de las criaturas y maniquí de las ideas y pim-pam-pum donde los hombres ejercitasen su crueldad... ¡Conocerme! No seas niña. Ni tú me conoces, ni yo tampoco me conozco; y perdona esta filosofía de *foyer*.

— Sí; te conozco —repuso la máscara—. Te conozco como tú me conoces a mí.

— ¡Yo!

— Mirame.

— ¡Tú!

— Niega ahora que te conozco y que me conoces.

— Ahora más que nunca. Nos acercó el deseo, el deseo es un ciego, nos tuvo unidos la pasión, otra ciega; y nos separó el odio, más ciego aún que el deseo y que la pasión. ¿Cómo vamos a conocernos? Ni tú a mí, ni yo a ti, ni nosotros a nosotros mismos. Créelo. Fuente de bondades y grandezas fuimos el uno para el otro en las horas de confianza y de venturas y de amor. Monstruos en las horas de perfidia y de penas y de aborrecimiento. Seres vulgares seremos el uno para el otro dentro de algunos meses... ¿Éramos tan bue-

nos y tan grandes al comienzo de nuestros amores? ¿Fuimos tan ruines y malvados al final? No. Ni nos conocíamos antes, ni nos conocemos ahora, ni nos conoceremos tampoco después. Con careta o sin ella, el «¿Me conoces?» y el «Te conozco» son, en el baile y en la existencia, preguntas y contestaciones que se hacen y se dan al tuntún, por seguir la broma.

Ella se puso la careta, yo tiré el cigarro y cada uno por una puerta entramos en el salón de baile, en el inmenso baño de luz donde hombres y mujeres se decían: «¿Me conoces?» y «Te conozco», entre el caer incesante de los papelillos arco iris.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
A la puerta.....	5
Rebeca.....	15
La Muerte y su hija.....	23
La máscara azul.....	33
Mariuca.....	41
Soledad.....	51
Sor Teresa.....	61
La idiota.....	69
Una gran señora.....	79
Nieves.....	89
Dolores.....	101
La flor del pantano.....	113
Nochebuena.....	123
La aficionada.....	135
Elsa.....	145
Un divorcio.....	155
El triunfo de la Condesa.....	169
Una buena madre.....	189
Enriqueta.....	203
Una mujer de mundo.....	215
La cebra.....	231
La de la mantilla blanca.....	241
La flor del carbón.....	251
Enriqueta Alemany.....	261
La del antifaz.....	273

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

TEATRO

DRAMAS Y COMEDIAS

- El suicidio de Werter.* — Drama en tres actos, en verso.
La mejor ley. — Drama en tres actos, en verso.
Los irresponsables. — Drama en tres actos, en verso.
Luciano. — Drama en tres actos, en prosa.
Honra y vida. — Drama en un acto, en verso.
Juan José. — Drama en tres actos, en prosa.
El señor feudal. — Drama en tres actos, en prosa.
El crimen de ayer. — Drama en tres actos, en prosa.
Daniel. — Drama en tres actos, en prosa.
La confesión. — Drama en un acto, en prosa.
Sobrevivirse. — Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.
El Lobo. — Drama en tres actos, en prosa.
Ramón Lull. — Drama en tres actos, en verso. (Póstuma.)
La promesa. — Drama lírico en tres actos, en verso. (Póstuma.)
La conversión de Mañara. — Comedia en tres actos, en verso.
Aurora. — Comedia en tres actos, en prosa.
Amor de artistas. — Comedia en cuatro actos, en prosa.
Lorenza. — Comedia en tres actos, en prosa.
¡Pa mi que nieva! — Comedia en un acto, en prosa.
Los majos de plante. — Sainete en un acto, en verso (1).
De tren a tren. — Juguete cómico en un acto, en prosa.
El tío Gervasio. — Monólogo, en prosa.
El león de bronce. — Monólogo, en prosa.
Marinera. — Monólogo, en prosa.
El Místico. — Drama en cuatro actos, traducido del catalán.

(1) En colaboración con Pedro de Répide.

ZARZUELAS

- Curro Vargas.* — Drama lírico en tres actos, en verso (1).
La Cortijera. — Drama lírico en tres actos, en verso (1).
Raimundo Lulio. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (2).
El Duque de Gandía. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (3).
Juan Francisco. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (4).
Entre rocas. — Drama lírico en un acto, en verso (4).
El idilio de Pedrín. — Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (5).
El vals de las sombras. — Comedia lírica en un acto, en prosa (6).
Los majos de plante. — Sainete lírico en un acto, en verso (4).
Los tres maridos burlados. — Comedia lírica en un acto, en verso (7).

NOVELAS

- Los Bárbaros.*
Encarnación.
Rebeldía.
Mi Venus.
Una letra de cambio.
El sino.
El Lobo.
Del camino.
Gañanía.
Idos y muertos (memorias de mi vida).
El idilio de Pedrín.

(1) En colaboración con Manuel Paso. Música del maestro Chapí.

(2) Música del maestro Villa.

(3) Música de los maestros Llanos y Chapí.

(4) Música del maestro Chapí.

(5) En colaboración con J. Dicenta (hijo). Música del maestro Gimeno Sanchiz.

(6) Música del maestro Valverde.

(7) En colaboración con Pedro de Répide. Música del maestro Lleó.

- Galerna.*
Las esmeraldas.
Con la bandera en alto.
El hampón.
Página rota.
Rebelión.
Infanticida.
¿Cudí de los dos?
El pasaporte amarillo.
Caballería maleante.
El Capitán Anselmo.
Paraiso perdido.
Interior. (Póstuma.)
La herencia.
Sol de invierno.
El hijo del odio.
Garcés de Marsilla.
¡Quién fuera tú! (Póstuma.)
Mujeres. (Póstuma.)

ARTÍCULOS Y CUENTOS

- Spoiarium.*
Tinta negra.
De la batalla.
Crónicas.
Traperías.
Los de abajo.
De la vida que pasa.

CRÓNICAS DE VIAJES

- De piedra a piedra* (impresiones de Piedra).
Espumas y plomo (impresiones del mar y de la mina).
Desde los rosales (impresiones montañosas).
Bajo los mirtos (impresiones asturianas).
Serranas.
Por Bretaña.
Mares de España.

POESÍAS

- Del tiempo mozo.* (Un volumen.)

OFFICINA ALFONSIANA

M. V. N.

6/12

